

## **Cosa de Suerte de Lautaro Lombardo. Estudiante del Profesorado de Lengua.**

**Fecha de publicación: marzo de 2014**

Llega un momento en la vida donde los hombres tenemos que decidir si aceptar o luchar, rendirnos o levantar las manos contra el destino que se cierne como un yunque sobre tu cuello. Ese momento jamás se anuncia, cae inesperadamente, poniéndote ahí donde y cuando los caminos se cruzan, los senderos bifurcados que nacen de un punto en común y terminan en lugares que no se llegan a ver: Un basurero, una mansión de oro, o el cielo mismo. Entonces vos estás ahí parado, con los pantalones en la mano y el corazón en la boca, mirando a un lado, mirando a otro, sudando como ladrón al que atraparon, preguntándote el siguiente movimiento sin saber la respuesta. Lo único que te queda por hacer, pues, es confiar en la suerte o la fuerza que rija todo este maldito mundo que te atrapa y te sacude. Confiás en la suerte y movés un pie, con la esperanza de no pisar un agujero, y caerte. Bueno, yo estoy al borde de ese agujero. Y es un agujero bastante grande, con la forma de un banco, con la forma de 57 personas asustadas, tres guardias desarmados, y de alguien que se parece a mí, alguien que tiene mi cuerpo, mi cara, mis manos, y sostiene una pistola negra heredada de un padre alcohólico que pisó mal el freno y chocó contra un cartel. Distintos agujeros, misma caída. Una señora negra se mueve un centímetro a la derecha. Lo sé, porque veo su bolso beige deslizarse lentamente, susurrando contra las baldosas carmesíes, y le grito. Le grito porque me pone nervioso que la gente se mueva, cuando se supone que tiene que estar quieta. Y, la verdad, no manejo bien las cosas cuando estoy nervioso. Miren, ya el arma en mi mano está temblando, puedo escuchar los tornillos traquetear algo flojos y las balas repiquetear en su interior. El seguro está puesto, nadie lo sabe, y no quiero cambiarlo. Siento que si hago algún movimiento que quite mis ojos de todo lo que hay en frente, sea por la más milésima de segundo, todo se acaba. Para mí, por lo menos. Eso es algo que no puedo permitir. Hay un chico parecido a mi hijo en un

departamento parecido al mío que hace días que no come, días que no puedo ponerle un pedazo decente de carne para que mastique mientras ve la tele. Y eso tampoco lo puedo permitir, porque ya lo permití más de lo necesario, más de lo que cualquier padre puede darse el lujo. ¿Y qué hacés cuando tenés que impedir algo con tan pocas opciones? Hacés lo que yo, lo que cualquier estúpido perdido con una obsesión hace. Te metés a un banco con una sonrisa en el rostro pálido, las manos en el abrigo, decís palabras que no recordás para no levantar sospechas a los vigilantes de traje azul, y cuando todos están demasiado ocupados sacando las tarjetas o los millones, cometés la estupidez. Tomás a una mujer embarazada y le apuntás la sien con el cañón del arma, exigiendo que todos se tiren al suelo, que los vigilantes suelten las pistolas y se echen boca abajo sin siquiera levantar la cabeza para mirar los pies de los otros. Juntás las armas de las que se deshicieron y te las guardás. Por alguna razón, te sentís inteligente al hacer eso, como si fuera una idea que nadie más hubiera atisbado en los años de la tierra. Después viene la primera demanda: La plata. Toda la plata en bolsas, sin ningún truco, sin activar ninguna alarma. El miedo que te invade se parece a la locura ante los ojos de las víctimas, y por eso todos te obedecen. Mejor, que nadie sepa que en tu interior te estás derrumbando como un castillo de arena. Pero no podés ser tan creído de pensar que todo iba a salir como planeaste. Las sirenas de la policía al otro lado de la puerta te hacen llegar a la realidad. Caer, mejor dicho. Caés a la verdad cuando es demasiado tarde para darte cuenta de ello. Las bolsas están gordas y apiladas a un costado, de plástico, relucientes. Tampoco te acordás de dónde las sacaste. Quizás de la perfumería a la que fuiste a comprar las medias más baratas que hubieran. Los pies del niño tenían frío, y tu alma no podía soportarlo.

Ahora que la estupidez pasó al segundo nivel ¿Qué queda por hacer? Te encontrás, entonces, donde yo. Acá en la encrucijada a la que te doy la bienvenida, donde todas las cosas son posibles y precisamente porque todo es posible es que estás tan asustado. En la calle alguien grita, una voz magnificada que te ordena salir con las manos en alto para darte una oportunidad. Mentira, la oportunidad ya me la di yo, lo único que ellos van a hacer es arrebatármela y no,

no voy a dejar que eso pase, porque ya llegué demasiado lejos, mucho más lejos de lo que cualquiera hubiera pensado de mí. Tal vez la suerte me tenga deparado algo mejor. Tal vez no, pero tengo que averiguarlo. Esta es la parte en la que hacés tus demandas, asomándote por la puerta, sin dar la cara. Pedís un auto, pedís que nadie te siga cuando te vayas, y prometés que vas a soltar a todas las personas. Los demás no te creen. Después de todo ¿Cómo confiar en la palabra de un tipo que entró y le apuntó a una embarazada? Ah, si supieran las cosas a las que lleva la desesperación. O el amor, para el caso. Como sea, ya que todo está dicho, llega la espera. Te parás allí donde puedas ver lo que todos hacen o no hacen, con la pistola en la mano, la mandíbula congelada y cada uno de tus sentidos avisados. Las bolsas siguen quietas, tranquilas. Todo el quilombo es por ellas y ni siquiera lo saben. O quizás sí, y no les importa. Quizás la vida es como esas bolsas. Vos estás dentro de ellas, pataleando para salir, para ver algo más que la negrura a la que tus ojos se acostumbraron. Cuando la rompés, empero, sólo sos un niño en un patio completamente desconocido. Al rato alguien te dice que el auto ya está preparado, que todo lo que tenés que hacer es entrar, andarte, y dejar que los inocentes regresen a la libertad del mundo exterior. Te acercás y sí, efectivamente, el auto está ahí. Un Ford algo viejo, plateado, pero que tiene pinta de andar bien si lo necesitás. Y es el auto lo que anuncia la siguiente parte de la obra, la más importante, el final. Tomo a una de las personas, un anciano que no aparenta más de seis décadas. Tembloroso, seguramente pensando en la esposa que lo está aguardando en casa, viene hacia mí. Le digo que se apure, que no tenga miedo porque no le voy a hacer nada. Tomo las bolsas, todas las que puedo, por lo menos, y vamos a la puerta, que allá afuera hay todo un reino de cosas por hacer. Delante de mí, él camina, a pasos cortos, y eso me desespera. Todavía estoy nervioso, y él me está poniendo más aún. Pasamos por la puerta giradora, y el cielo despejado del martes me recibe con una línea de policías bajo él. Autos que franquean como límites de lo que puedo y no puedo. Cañones de pistolas que me apuntan esperando al menor indicio de descuido para hacer su trabajo. Y todo lo que hay entre ellos y yo es un anciano con una verruga

en la frente. Todo lo que hay entre ellos y yo es la suerte. Y quizás me tenga deparado algo mejor. Y quizás no, pero tengo que averiguarlo.